

PQ 7519

D3

R3

ES PROPIEDAD

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

MADRID.—Imp. de los Suc. de Hernando, Quintana, 83.

## RAMILLETE DE REFLEXIONES

I

La Estadística demuestra cómo, con mayor frecuencia que la que podría suponerse, niños y mujeres se fugan del mundo. Anoto niños y mujeres, ya que en la mujer existe originalmente una parte de perpetua infancia. Me imagino, meditando, la desbandada de palomas milesianas, la histórica huída de vírgenes hastiadas, que tan sólo pudo contenerse exponiendo a la gula de los ojos profanadores los cuerpos desnudos de las bellas suicidas. Fijase la reflexión en cómo fué esa desesperada tanatofilia practicada en la misma ciudad en donde una hoja de rosa era estorbo al reposo y la volupia del legendario

tipo sibarita, el cual, en verdad, fué ciudadano de Mileto.

En la voluntad de la mujer cabría todo, por obra de pasión; así, consumiríase, despaciosa o violentamente, una llama. Explicativa, informaría una, que ella parte de la tierra por amor heroico, en enseñanza de la voluntad — «¡Peto, no duele!» —; otra, en desagravio de la profanación del ara de su cuerpo: «Tal quémase el objeto, que toca la consagrada forma sacerdotal: Lucrecia»; la reflexión ajena siempre a la determinación, al estallar, radical, el cataclismo.

## II

Relativo a la psicología del niño, ¿puedese —un faquir, ayudado por potencias ocultas, realizalo en la germinación de un grano de trigo o de maíz—, puede producir, abonando de toda suerte de flemos, el alma de un hombre o una mujer en la infancia, la fructificación moral, léase inmoral, del árbol maduro — vale decir hom-

bre o mujer en su completo desarrollo? Juzgaríase, por la experiencia, afirmativamente. He oído a los pequeños duetistas; sobre ellos, juicios varios, encontrándose el *skocking!* con el *très rigolo!* Ahondad. La concepción del vicio, incubada, no encuentra su completa virtualidad impedida por valla fisiológica; siendo, por lo tanto, manifestaciones y gestos, en su fondo incomprendidos, obra sólo en Vargas y Bissaccia un instinto aleccionado.

## III

Al salir de una *rôtisserie* pienso en el grabado que he descubierto, sugestivo, en una ilustración, al instante del café. Asombróme no ver firmado Aubrey Breasley. ¡Cuál sería, absoluta, la identidad! Bajo la blanca sábana, hecha a dos o tres rasgos de pluma—así los ropajes de la conocida *Salomé* o del retrato de Rejane—, duerme, sueña, Guillermo II, emperador de Alemania: en su máscara, una preocupación fijamente, cin-

celada una arruga; en todo un enigma; el rostro declarándose, empero, militar. Arriba, sobre el ensueño, o en el ensueño, un soldado de Francia muestra, cauteloso, a un oso veloso un nuevo cañón; rostro de soldado y cara de oso, con antifaz. Y el blanco y negro, sintético, prestigia la concepción.

Y al salir, decía, de la *rôtisserie* — tarde dominical, más que el crepúsculo, casi la noche—, de una cervecería salen las dos notas finales de una canción en coro: «¡O...o...o...le!»

Un compañero me toca, pensativo: «Eso: *Là ravachole!*»

## IV

Pero todos olvidaron las profecías: «Hombres tendrán visiones; los ancianos profetizarán.» Hombres tienen visiones; ancianos profetizan: 1897: tres años y nuestro siglo no será. Las naciones, las razas, se desangran. Hay videntes y apóstoles por el fuego y el hierro; París, suce-

sora de Ecbatana, de Babilonia, de Atenas, de Roma, tiene magos, santos y brujos. ¡El último César! Y la profecía de Matafías, que anuncia para muy pronto el último Papa. Una manifestación milenaria, la Peste, dice: «Resurjo.» La Locura, misteriosa, se manifiesta como jamás. ¡Ah, y esos hombres nuevos, que gritan, que claman, líricos, admirables, furiosos! Y el fermento... ¿Y cómo y a qué horas y por quién vamos a despertar, asombrados, mañana, pasado mañana o el día que vendrá?

## V

*Oremus.*

RUBÉN DARÍO.

## “Almafuerte”.

Al Sr. Bartolomé Mitre y Vedia.

### I

Pídeme usted, mi distinguido amigo, que diga, «sin compromisos ni recatos, lo que buenamente piense, en toda conciencia personal y artística», sobre el poeta argentino Pedro Palacios, o sea *Almafuerte*.

Rara vez he tratado de autores hispanoamericanos en mis tareas de *La Nación* y otras publicaciones en que «hago literatura» con un heroísmo que me permito alabar... Y bien: la principal razón es que no quiero perder estimables simpatías... Mis *raros* no me dan desazones.

Mas si hablo de tal conocido y, lo que es peor, de tal vecino, alabe a censure, voy a la de

perder. Ejemplo: doy mi piel — que nada vale, como no sea para hacer un tambor en que se toque el degüello de los imbéciles —, doy mi piel por algún escritor extranjero que entre nosotros reside y es hoy para mí la más sabia y potente intelectualidad que existe en el continente, y he aquí que el primer interlocutor, inteligente o soso, se me opone y contradice, en nombre de la barba de su vecino o de sus temerosas espaldas.

Por el contrario, lamento la inmensa mediocridad reinante en los Parnasos criollos de la inocente América, y el mismo interlocutor me señala una o dos docenas de genios y unas cuantas gruesas de poetas, cada cual de ellos propietario de una lira y más o menos inspirado por «las musas». Argumento; me responden; me irrito. Exclamo, por ejemplo: «¡Ignorancia!», y esa imprudente revelación convierte a aquel que ayer me levantaba hasta el jardín de las estrellas en un inevitable y vengativo roedor.

Y no obstante, ¡cuántas veces he sentido los mejores deseos de quemar todo mi incienso, de

ofrecer toda mi mirra, a uno de esos brillantes *raros* de nuestra América española, a uno de esos que aparecen aisladamente en esta o aquella República, haciendo oír una voz nueva y prometedora de bellos tiempos deseados, entre las inextinguibles y amazónicas logorreas líricas, pedestres o declamatorias que inundan el nuevo mundo castellano! Porque, ¡oh fecunda y portentosa cacografía!, en esto no hay raza humana que nos supere.

Habría deseado tener la gloria de anunciar, de llevar de un punto a otro los nombres de los escogidos: revelar a los que están allá lejos, en el Norte, a estos países del Sur, y hacer conocer allá a los de aquí.

Los nombres se agolpan en el pico de la pluma: Díaz Mirón, Gavidia, *Almafuerte*, Tallada, Gutiérrez Nájera, aquel pobre y exquisito Julián del Casal, Licardi, Gómez Carrillo, Jaime Freyre, Asunción Silva, Arciniegas, algunos más aún, sin distinción de escuelas, sin estampilla significativa; los que crean y trabajan bajo la tradición y el canon establecido, y los buscadores, los atre-

vidos, los deseosos, los que son al mismo tiempo «mineros y orfebres de oro», todos unidos por la cadena mágica, por el santo y salvador culto, por la divina religión del Arte.

Hoy me pone usted delante de *Almafuerte*. Voy, pues, a hablar, sin compromisos ni recatos, lo que buenamente pienso, en toda conciencia personal y artística.

\* \* \*

Nos dió el español, con su sangre brava y su lengua sonora y su fuerte visión del color, el énfasis y el espíritu oratorio. Para el español no existe el matiz, ni el crepúsculo de los sonidos, ni la *rêverie*, ni el arpa a la sordina; no existe el mundo misterioso del ensueño. Así como, según Heine, un espectro francés es un contrasentido, un *rêveur* de raza española es la más peregrina de las excepciones. España es fuerte y sana. País de sol y de gozo, lleno de rojos y amarillos; en él las visiones son netas y los colores detonantes. Piénsese en sus naranjas de oro, en

sus mujeres admirables y lascivas, en sus juegos circences, en el almacén de luz de sus pintores. Luego el teclado de nuestros vocablos, que no tiene sonidos intermedios, la música de cobre de nuestra lengua; no hay un solo son de viola ni canto en tono menor. Reinan la bravura, el patriotismo, el pabellón, el clarín, la arenga. Difícilmente se puede encontrar un italiano que no cante y un español que no pueda pronunciar un discurso. Don Quijote perora; Sancho discurre. El don meridional de la lengua y gestos, el poder de verbo y declamación, se nota en nosotros, hijos de españoles, atemperados en parte por el vago ensueño o la superstición del indio primitivo.

Así, en todos los que en la América española han escrito en prosa y en verso, nótase el irremediable influjo de la elocuencia hereditaria, con rarisimas excepciones, desde el pomposo Olmedo y el correcto Sr. Bello, hasta ese grande y vigoroso Olegario Andrade, que tocó música de Victor Hugo en el instrumento de Quintana.

*Almafuerte* produce bajo la misma influencia.

Siempre veráse que habla como quien habla a las multitudes. Diríase que se juzga como lle- no — ¿diré la palabra? — de don profético. Co- nócese que ha leído y lee a la continua la *Biblia*. Clama siempre; clama contra los vicios sociales, contra las injusticias, contra las abominaciones, y no teme emplear la áspera verdad de expre- sión de «aquellos» que clamaban contra Jerusa- lén y Babilonia.

Algo hay en él del iluminado chileno Francis- co Bilbao.

Como poeta..., casi estoy por no considerarle poeta. Puede probablemente ser algo más. Quién le llamaría *vate*; quién, como D. Juan Valera a Andrade, le llamaría *hierofante*.

En todo caso, no es un buen compañero para las fiestas de los poetas — flautistas, liróforos o tocadores de laúd —, y no sabría besar en los labios a Cleo o a Cidalisa, o bien a la misma diosa de Citeres.

Hay un poeta en España cuyo espíritu se ase- meja mucho al de *Almafuerte*: el gallego Curros Enríquez; otro en la América Central: Gavidia;

otro en Méjico: Díaz Mirón. Este último ha ma- nifestado su credo poético en una página muy poco conocida. Dice: «La musa que se mira en la fuente de Castalia, y que se ama asimismo, como Narciso, será muy gallarda, muy tierna, pero no me agrada, y ello es culpa de mi organi- zación. Esa musa no es mi musa: mi musa es el siglo, es el pueblo, es la patria. Más aún: es la Humanidad con sus virtudes y sus vicios, con sus regocijos y sus dolores, con sus energías y sus flaquezas, con sus heroísmos y sus críme- nes, con sus ideales y sus pasiones, con sus pies de monstruo y con sus alas de ángel. ¡Oh Dan- te! ¡Oh inmenso espíritu! ¡Con razón abandonas a los demás poetas las estrellas, los pájaros, las flores, y sólo te reservas el corazón del hombre!»

¿Qué es la poesía, la gran poesía? No es el ingenioso y pueril aparato de Brewster, no es un calcidoscopio, no es un tubo con espejos inclinados y vidritos de colores que a cada movimiento ofrece a la percepción una nueva simetría más o menos bella; es el reflejo, la sín- tesis de una época, la soberana y palpitante ex-

presión de las esperanzas y de los recuerdos, de las creencias y de los ensueños, de los odios y de los amores, de las tendencias y de las preocupaciones, de las glorias y de las miserias de un pueblo, de una raza, de una generación; del hombre en un momento histórico. A ningún inspirado, cualquiera que sea su talla, le es dado dejar una poesía así. Un gran poeta no es más que un revelador, no es más que un artista que de la arena escarbada en que gritan, gesticulan y pugnan anhelos divinos y apetitos brutales, recoge un poco de arcilla ensangrentada y convulsa, y hace de ella una imagen que respira una hermosura trágica. Si el espíritu tuviera también su geología, cada poesía sería el carácter peculiar más precioso de una formación, el supremo distintivo en el yacimiento de una edad. Homero es la antigua civilización de la Grecia, con sus dioses y sus héroes. *La Divina Comedia* es una prodigiosa fantasmagoría de güelfos y gibelinos, es la gaceta de Florencia de entonces, sólo que Aligheri revistió de magnífico y eterno bronce el pálido y frágil

barro de las pasiones de un día. Byron, entre los sacudimientos de un terremoto moral que removió las sociedades hasta sus cimientos y produjo una transfiguración sublime, pero dolorosa, fué— como observa un escritor francés— el poderoso intérprete de todos los sentimientos, de todas las angustias, de todas las dudas, de todos los delirios, de todos los frenesies que estallaban y discurrían en aquel tormentoso crepúsculo. Victor Hugo es todo el siglo XIX.

*Almafuerte* podría, en parte, firmar esa profesión de fe poética.

Más aun: téngole por una «voz que clama»: es el imprecador; es en la tierra que ha nacido la eterna figura del vociferador que llega a turbar la fiesta de los dichosos. Habla de un modo que sorprende y asusta; otro que él estaría muy cerca del ridículo. Él posee una coraza de sinceridad que le defiende de todo. No le he visto nunca; no le conozco personalmente. He preguntado por él a algunos que le conocen. En resumen, me han hablado de un misántropo, o más bien de un loco.



En efecto: dicen que es un hombre que huye de las exhibiciones, del trato de las «gentes», de las mascaradas elegantes y de los círculos melosos. Que no ocupa un puesto digno de su talento, porque sufre la anquilosis moral que le impide inclinar el espinazo delante de nadie; que se ha aislado, enemigo de las hipocresías ciudadanas; que se ha dedicado al cultivo intelectual de los niños: es maestro de una escuela de tierra adentro; que su carácter es bravío y acerado; que adora a sus ideales con un hondo fervor; que ama a los pobres y a los pequeños, y que tiene la fe de su fuerza y el orgullo viril de su talento. No hay duda: loco, loco de remate.

## II

Al llegar a esta parte de mi escrito veo una página íntima, un fragmento de *Confesión de Almafuerte*, publicado en una revista. Habla de su infancia en una hoja arrancada a un libro inédito: *La hora trágica*. Da a conocer sus pri-

meros años, la influencia de la educación materna en su carácter y en sus gustos. «El hombre es joya que modela y casi deja terminada la primera mujer que le ama; la Naturaleza ha dado evidentemente a las madres esta misión trascendental. Por más que el dolor martille sobre las almas, permanecen durante largos años idénticas a ellas mismas: la mía es ánfora antigua que conserva su primitivos gentiles lineamientos, a pesar de los ultrajes del tiempo, y maguer su abolladura última. La experiencia es Calderero plebeyo que desproporciona y deforma los caracteres más concretamente olímpicos; pero nunca acaba de sacarles todo lo que es de ellos. En el fondo de mi corazón y allá en lo más recóndito de mis voliciones hay, en todos los casos, algo de infantil y de prístino. Hermoso es, aunque arriesgado, ser inocente; yo lo soy y quiero serlo: no deseo ver.»

Después de esa manifestación de su alma aislada y desnuda, píntanos las enseñanzas de su madre, indudablemente una mujer excepcional, que esculpió pacientemente, salvándole de futu-

ras deformaciones, el espíritu de su hijo. Ella indudablemente ha contribuido a la manera de ver el mundo que hoy distingue al imprecador de fuerte alma, el cual grita con desusada voz al encontrar que después de los valles de rosas que le señaló tan solamente la mano maternal, está el verdadero «valle de lágrimas». De su madre escribe: «Me enseñó de la vida más que su lado más bello. Me introdujo en una sociedad de fantasmas. Me familiarizó, levantándome hasta ellos, con los grandes hombres y los grandes capítulos de la Historia. Me calzó el coturno. Me inspiró amor a la patria, a la religión, a la gloria, a la libertad, a la perfección absoluta. Me llenó la mente de luces. Me adiestró en ese andar trágico de los dioses de Homero, y en ese hablar altisonante y lapidario de los héroes de Plutarco. Me hizo vislumbrar una palma de oro en las profundidades del horizonte. Me ciñó alas. Y todo esto por método sencillísimo: por el ejemplo. Sin pretenderlo, hizo mi educación con procedimiento alemán, substantivando lo abstracto. Ella hablaba y procedía invariablemente, como

si viviera entre santos, y así lo hago yo, como por instinto. Pienso que las madres de aquel tiempo lo fueron más que las de ahora, y creo que por eso procedían tan sabiamente: diciendo y haciendo. Porque nada hay más educativo que las cosas y los hechos. Las evidencias se poseen del ser; lo invaden para no salir ya nunca más de él; pasan por los sentidos al cerebro, inmediatamente, inmediatamente después de herir sobre aquéllos. De la Virgen María me sugirió conceptos que después no he recogido de ninguna boca: «Que su divinización constituye la »divinización de la mujer; que adorarla a ella y »adorar a su propia madre, dignificar a su hermana y a su novia, es liberarlas del gineceo »para sentarlas en trono.»

En todo esto vese la sólida base cristiana del escritor. Su madre, asimismo, fué la que le inició en el Arte y la que le hizo sentir lo que se llama patriotismo en manera tal, que en él ha superado este sentimiento al sentimiento cristiano del amor universal o altruísta. El recuerdo de su abuelo, «niño el año ocho, pero que había

lapidado al inglés desde los tejados de Buenos Aires», y que ya viejo luchó y derramó su sangre para Cepeda y Pavón, juntamente con los muchachos de la época, como aquel grande anónimo del poeta, el «desconocido ilustre» de Heine; su madre también, que le hablaba de tiempos heroicos y de los grandes combatientes, desde San Martín a Mitre, contribuyeron a desenvolver en él un amor a la patria, fogoso, incomparable, españolísimo, el cual ha tenido su mayor explosión lírica en un pomposo discurso o conferencia que pronunció *Almafuerte* en la inauguración de un colegio en el pueblo del Salto. Las señoras que escucharon dicho discurso deben guardar aún recuerdo de aquel pampero oratorio. Yo no recuerdo haber visto mayor elogio de la propia patria ni en los más fervientes oradores de la tierra del Cid y de Pelayo.

Es de observar que el corte del discurso, la retórica, el énfasis, las enumeraciones, las repeticiones de frase, son completamente castelanos.

En su última prosa, *Almafuerte* escribe a frases cortas; emplea rápidas y expresivas metáforas; entre la palabra por la palabra, prefiere la idea por la idea. Tanto mejor. Lo que no podrá nunca negársele es una profunda y sana sinceridad. Desnuda su alma con el orgullo de quien sabe que es blanca, intacta y hermosa; no oculta el conocimiento del propio valer con la pantalla de la común y usual hipocresía; lleno del orgullo de su virtud, mira de frente desde su columna de estilista.

\* \* \*

Corta es la obra conocida de *Almafuerte*. *La Nación* le entregó a la fama los primeros versos. Hubo en seguida consagración peninsular, tenida en mucho para nuestros escritores y poetas americanos, en un suelto elogioso de *El Globo*, de Madrid. Creo que aquellos primeros versos eran *La sombra de la patria*. No los tengo a la vista; sí recuerdo que al leerlos comprendí que era muy posible que estuviésemos en presencia de un altísimo poeta; eran unos bellos

endecasílabos, llenos de una no común virilidad, fuerza, violencia. El autor de aquellos versos debía ser alguien.

Eran versos argentinos, y el autor no escribía en la pauta académica de Oyuela, ni imitaba el americanismo y la feliz lírica de Obligado, ni viajaba a la Grecia del maestro Guido, ni hacía zalemas a la musa del Dr. Ricardo Gutiérrez, ni pretendía, ¡cosa extraña!, sonar el pesado cuerno de bronce que había hecho célebre al más grande y más completo de los líricos americanos: Andrade.

*Almafuerte* se levantaba al mismo tiempo que Díaz Mirón en Méjico, y debían ser ambos las dos mayores manifestaciones de la fuerza en el alma de la generación nueva; sólo que el de Méjico se dió a los combates políticos, y el de la Argentina se consagró a enseñar a los niños. Ambos también tienen el mismo *deus* como inmediato inspirador: Hugo. ¿Mas quién no tiene en la tierra su parte de sol?

*La sombra de la patria* quedará innegablemente como uno de los mejores cantos de su

autor. Vence por la energía. Ha asombrado y aun irritado a cierta crítica. No es la poesía de *Almafuerte* para agradar, en su violencia. Es enérgica, y Stendhal ha dejado escrito: *L'énergie dans tous les genres est la tête noire de la bonne compagnie*. Mas es la obra de un poeta sincero, vigoroso, lleno de franqueza, que hace destacar su personalidad sobre el fondo común. «No se merece el nombre de poeta — dice Goethe — mientras no se manifiestan sentimientos, ideas personales.»

*Paralelas* es otra de sus producciones conocidas y celebradas. Con unas estrofas — redondillas o quintillas — que he visto en un álbum, son los únicos versos de amor que conozco de *Almafuerte*. Imagínese la *vax ferrea* de un D'Aubigné o el Chénier de los yambos cantando rondeles y «villanelles». Esos tocadores de trompetas y clarines no saben hacer el amor con «cortesés razones». Combatientes o deprecadores, no saben hacer un ramillete de flores.

En *La Iliada*, el penacho enorme de crin que lleva sobre el pesado casco el héroe helénico,

asusta al niño en brazos de la madre. Las mujeres no se asustan de los fuertes; antes bien, aman sus caricias y sus ásperas crines; mas es con la condición de que no lleguen a ellas sino dominadores y musculosos. No gustan de sus gracias elefantinas; y en la galantería lírica, los vencedores son los abates sonrosados, los danzadores de minué, los delicados y perversos que madrigalizan. *Almafuerte* ama el amor, no los amores. Es ingenuo; ha confesado que siempre quiere creerse y ser inocente: no desea ver.

Pero ve, y entonces es cuando se irrita, y se oye el conocido galope decasilabo de conocidas estrofas, pues *Almafuerte* tiene estrofa oficial:

.....  
 Y así como Eliphas esgrimía  
 Su torzal de retórica sabia,  
 Entretanto que Job delirante,  
 Rayendo su podre con Dios disputaba,  
 Toda acción, todo afán, todo verbo,  
 Pretendió conducir su arrogancia;  
 Si el dolor es de Dios, y él lo guía,  
 Tal vez en el mismo trabajo trabajan.

### Un solo de Mr. Monney.

Los lectores de *La Nación* conocen a mister Monney. Es aquel inglés que vino de Inglaterra a cobrar unas cédulas hipotecarias, provisto de grandes recomendaciones para que no le aplicasen las leyes comunes, porque él creía que aquí las leyes y la justicia no andaban en buena relación con las garantías constitucionales. Desde entonces Mr. Monney me visita frecuentemente, más que todo por el interés de que le resuelva algunas dudas que le ocurren en la tramitación de sus negocios por las Administraciones públicas, o sobre palabras de nuestro idioma, que a veces no alcanza a comprender en todos sus significados.